



La Maestra de los Caños

Texto: Elena Cobo Gámez

A cercó pausada la boca al cuenco formado por la unión de sus manos y bebió el agua fresca que pertinaz manaba de los caños. El raudal, ahora menudo, brotaba por las cornucopias que portan tres niños desnudos, que en forma de relieves se adhieren al lienzo de piedra, cuyas fronteras laterales eran marcadas por sendos telamones del dios romano Término, que portan sobre sus cabezas cestos de flores entre volutas jónicas. Todos formaban la magnífica fábrica de la Fuente de Los Caños, en la otrora plazuela de los Caños de San Pedro. Su autoría, según concluyera la profesora Soledad Lázaro, se debería a Francisco del Castillo “el mozo”, quien la ejecutara a mediados del siglo XVI.

La fuente, tiempo y agua, trova un poema inmutable que pasa y queda. Sólo en los canalillos por los que se dirigía rauda a su humilde mar abrevadero, se habían acumulado nuevas herrumbres y verdines.

Fue la sensación del agua en los labios la que le hurtó el presente y la trasladó a aquellos años sesenta del siglo XX, en donde, en la escuela que bullía cercana a la fuente, daba clase a niñas, que como el agua eran iguales y distintas, aunque el paso del tiempo sí transitará por ella curso tras curso...



...Se sacudió las manos, manchadas de tiza, tan blanca como el alma de aquel grupo de chiquillas, tras escribir en la pizarra de piel negra, algunas frases que tenían que copiar y cuentas que resolver.

Mientras las crías, colocadas en adosados asientos del pupitre de madera, en permanente agitación, se afanaban en su penoso aprendizaje, ella se acomodó en su sillón de cuero, frente a la recia mesa, encumbrada escasamente sobre una tarima de tosca madera. En la pared, por encima de la pizarra, un crucificado las observa.

Abrió unas páginas manuscritas que había estado pergeñando acerca de la crónica de aquel edificio, hasta concluir como grupo escolar. A lo largo de su docencia había intentado dejar huella de su pasión por la historia a las numerosas niñas, abiertas a la vida y al conocimiento, que habían pasado por su aula. Su lectura fue interrumpida por incontables, pacientes y largos ¡callaros!, seguido del nombre de las alumnas más inquietas. Decididamente aquel texto constituiría la lección de historia de fin de curso.

—Pensad que esta escuela se asienta sobre lo que en principio fue un huerto, regado por abundante agua que era conducida hasta aquí desde el raudal de la Magdalena. Luego, tras la

capitulación de este territorio a los almorávides, ese agua fue aprovechada para construir un baño, entre los siglos XI y XII, que a decir de los estudiosos, podría ser el “hammam Ibn Ishaq”, aunque ahora lo conocemos como “Baño del Naranjo”.

Tras estas primeras palabras, hacía un inciso y explicaba en qué consistían aquellos lugares públicos con salas frías, templadas y cálidas, en donde las gentes con creencias diferentes a las cristianas, se bañaban a la vez que intercambiaban ideas. Algunas de aquellas niñas el único baño que habían conocido, era un barrero de zinc de agua soleada que disminuía de tamaño a medida que ellas crecían.

—Tras la toma cristiana de la ciudad en 1246, la zona del baño pasó a ser propiedad de señores principales.

—Luego a finales del siglo XIII o XIV, se cree que hubo aquí una tahona porque se encontraron los restos de dos hornos que utilizarían para cocer la masa de las hogazas.

Sabed que desde la antigüedad las mujeres elaboraban el pan y los dulces en las casas y luego los llevaban a cocer, en este caso al horno de Los Caños. Para cobrar este servicio, el hornero se quedaba con un trozo de masa que recibía el nombre de “poya”—. Hubo unas risitas reprimidas de las chiquillas. —Seguro que alguna de vosotras ha ayudado a vuestra madre a hacer las magdalenas de Semana Santa en el horno—. Las niñas, aún con la picaresca en sus miradas, asintieron a coro.

—Más tarde, mediado el siglo XVI, se construyó un mercado de abastos municipal para el comercio del pescado que se vendía entonces de manera ambulante en la plazuela. Estaba formado por ocho puestos y eran atendidos exclusiva-

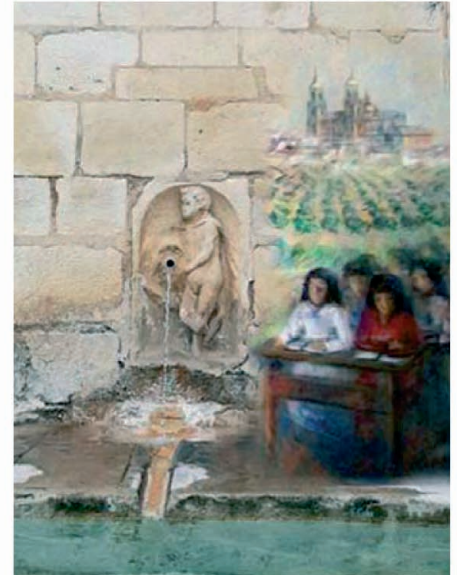


Ilustración: Elena Cobo Gámez

mente por mujeres, quienes lo arrendaban al cabildo municipal por 100 reales. Había un funcionario, el “fiel”, que vigilaba el buen uso de la pescadería.

—Pasado un tiempo la pescadería permutó sus escamas por las carnes de caza o de crianza y se erigió en su lugar una carnicería.

—Hasta el siglo XVIII el edificio de la carnicería y la plazuela fueron mutando su piel, como el lagarto para poder crecer, construyéndose a mediados de ese siglo, la portada del edificio que da a la plaza y el traslado de la que existía, del siglo XVI, a la calle de los Caños, adaptándola a las necesidades del nuevo espacio.

—Finalmente en 1921, sobre las ruinas de la antigua carnicería, el edil de la ciudad, don Inocente Fe, mandó construir nuestra escuela y nuestro patio de recreo al arquitecto Agustín Eyres,

aunque no sería hasta 1925 cuando se iniciara el primer curso—. Concluí. La chiquillería rompió el silencio con un espontáneo aplauso, preludio de las vacaciones.

Sí, ya sé, se dijo esbozando apenas una sonrisa, esta clase de historia no pude contarla así porque muchos de los hechos narrados sólo fueron conocidos por trabajos llevados a cabo por arqueólogos e historiadores de finales del s. XX y principios del XXI, pero ¿acaso la memoria, no se comporta como esas películas en blanco y negro en donde el guionista imagina una analepsis, y el personaje realiza una vuelta lenta al pasado para que comprendamos lo que siente desde el presente?

Se apoyó en su bastón y la otrora maestra de Los Caños, feliz al ver que se le había dado un nuevo oficio a aquel lugar, tras recoser sus ruinas, se perdió por los campiñeros de San Pedro.